



Arquidiócesis de Corrientes



AÑO DE LA FE 2012
2013

Explicación del logo:

Sobre un campo cuadrado, enmarcado, se representa simbólicamente una barca –imagen de la Iglesia– en navegación sobre olas apenas insinuadas gráficamente, cuyo árbol maestro es una cruz que iza las velas con signos dinámicos que realizan el monograma de Cristo. El fondo de las velas es un sol, que asociado al monograma, hace referencia también a la Eucaristía.



Comisión arquidiocesana para el Año de la fe
Noviembre de 2012

SUBSIDIO I - Año de la fe

Adviento y Navidad 2012

hasta la fiesta del Bautismo del Señor 2013

**Profesamos la fe
que recibimos**



La Cruz y la Virgen, puerta de la fe

Arquidiócesis de Corrientes

arzctes@yahoo.com.ar

www.arzcorrientes.org.ar

Introducción:

La Luz de las naciones es Cristo, el Señor, y la Iglesia es sacramento de esta luz que quiere llegar a todos los seres humanos para iluminarlos y encenderlos en la fe. Por eso proponemos la luz como signo para este tiempo.

En este *Año de la fe*, tiempo de gracia que estamos comenzando, el periodo de Adviento y Navidad es una ocasión para dejarnos iluminar más por la luz de Cristo, para dejarnos encender por su amor e irradiar con nuevo ardor la luz de la fe en las oscuridades de nuestro tiempo actual.

Presentamos este subsidio destinado a los agentes de pastoral para “animarlos a animar” sus comunidades cristianas, movimientos, catecúmenos, y fieles en general.

Este material se presenta con tres dimensiones:

La dimensión formativa: Aquí les proponemos tomar contacto con los textos del Credo, el Concilio Vaticano II y el Catecismo de la Iglesia Católica, y les invitamos a profundizar sobre nuestra fe con preguntas de reflexión.

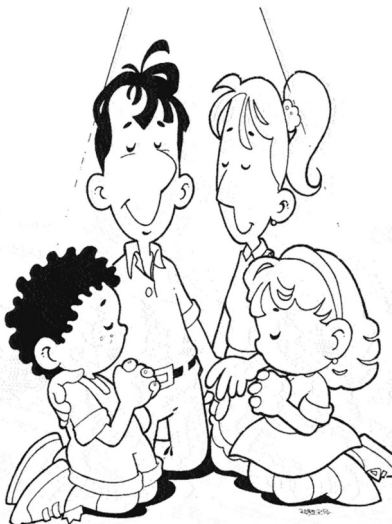
La dimensión celebrativa: Donde presentamos algunas propuestas sobre cómo celebrar nuestra fe; en este caso, oraciones para la *corona de Adviento* y una *celebración de la Palabra de Dios sobre la luz* (que pueden ser fácilmente adaptadas).

La dimensión misionera: Esta última parte quiere animarnos a compartir la fe que profesamos y celebramos en una *misión*, con sugerencias concretas para la misma.



Con los signos del *Año de la fe*, el lema y destacando la luz, elaboraremos **folletos y materiales para entregar**, adaptándolos a la realidad de cada comunidad, con informaciones e invitaciones.

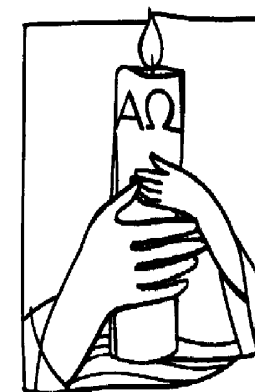
Visita a las familias: En este tiempo de espera a nuestro Salvador, queremos animar a las familias a prepararse, con la esperanza de saber que Dios llega y nos llama. Motivemos la realización de la **corona de Adviento en los hogares**, con las oraciones para cada semana (ver páginas 14 a 17).



Tradiciones: Con esta misión buscamos que se dé un nuevo impulso a la tradición familiar, para que sus miembros se reencuentren para compartir la fe y confeccionen con júbilo el pesebre y la corona de Adviento.

Otras sugerencias:

- * Confeccionar un afiche o gigantografía con una catequesis sobre la importancia del *Credo*, colocarlo en lugar visible en el templo o cercano a la pila bautismal.
- * Hacer un folleto con una catequesis destacando el signo de la luz, tomando como base alguno de los textos anteriores, adaptado a la realidad de la comunidad, para distribuirlo en las celebraciones más concurridas, y por la casas en las visitas.



Por tanto debemos ir al encuentro de nuestros hermanos necesitados en Cristo y comunicar nuestra fe católica: “como el Padre me envió a mí yo también los envió a ustedes” (Jn 20, 21) y valernos de la Palabra, que es la que ilumina y convierte.

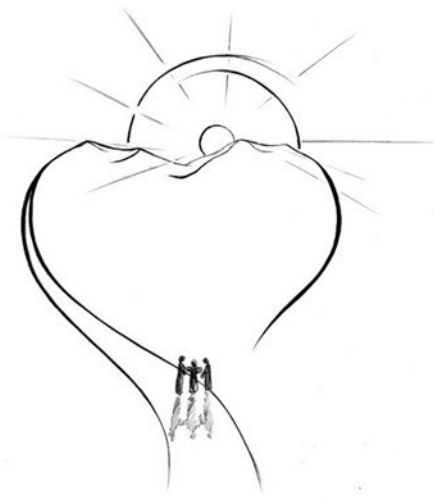
Objetivo:

Por ello para iniciar el año *Año de la fe* queremos emprenderlo sabiéndonos “enviados” a anunciar la Palabra de Dios. Jesús nos llama a ser “sal de la tierra y luz del mundo” (Mt 5,14-16). Para que la sal no se vuelva insípida y la luz no se oculte, nos hemos propuesto *profundizar nuestra misión, siguiendo los pasos de Jesús y lograr un redescubrimiento en el camino de la fe, buscando a nuestros hermanos y adaptándonos a variadas circunstancias para iluminar de manera más clara la alegría y el entusiasmo renovado en el encuentro con Cristo y generar una revalorización de las tradiciones que hacen a nuestra identidad cristiana.*

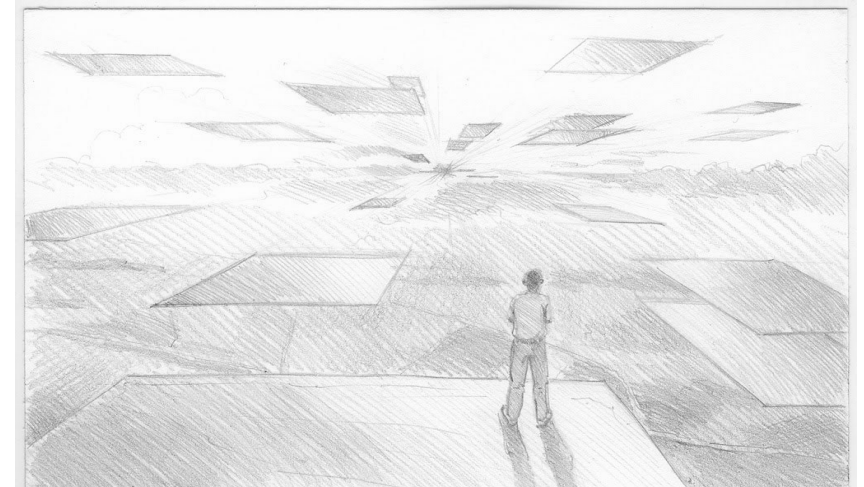
Modalidad:

Misión de todos: Todas las comunidades, grupos y asociaciones asumirán la dimensión misionera de la fe, ya que una fe que no se comunica se debilita. Se invita a todos a un gesto misionero concreto.

Impulsados por la Palabra de Dios y con el ímpetu de difundir nuestra fe, buscaremos a nuestros hermanos para conducirlos por un camino hacia la amistad con Jesús que nos invita a extraer el agua viva (Jn 4,14).



Presentamos el tema de la fe en estas tres dimensiones, atravesadas por el signo de la LUZ, con su elocuencia y plasticidad. La luz de la fe la hemos recibido de Dios mismo, por medio de nuestros padres y mayores, en una historia concreta. Hoy, renovamos el compromiso de acrecentar esta luz en nosotros y nuestras comunidades, para que el testimonio evangélico resplandezca en nuestra sociedad y en nuestra cultura.



En el Credo Niceno Constantinopolitano recitamos que Cristo es “Luz de Luz”; en el sentido que le otorga la Palabra de Dios, que afirma que Él es “reflejo de la gloria del Padre, e impronta de su ser” (Hbr 1, 3). La Iglesia peregrina, a imagen de Cristo, también de algún modo es “Luz de Luz” en cuanto refleja a su Señor, aunque imperfectamente y con las opacidades de nuestra condición histórica. Cada comunidad y cada cristiano como miembro de la Iglesia es luz, y debería serlo cada vez más. Pidamos que este *Año de la fe* sea acogido y aprovechado en este sentido, tal como nos recuerda Jesús en el Evangelio: “No se enciende una luz para ponerla debajo el cajón, sino que se pone en el candelero para que ilumine a todos los que están en la casa.” (Mt 5,15).

I.- Dimensión formativa:

A) “Reconocer” el Credo

En este *Año de la fe*, en todas las Eucaristías dominicales y solemnidades, rezaremos el Credo Niceno-Constantinopolitano (Cf. *Cuadernillo para acompañar las celebraciones del Año de la fe*), que *“debe su gran autoridad al hecho de que es fruto de los dos primeros Concilios ecuménicos (años 325 y 381) y sigue siendo todavía hoy el símbolo común a todas las grandes Iglesias de Oriente y Occidente.”* (CATIC 195).

Nos preguntamos: ¿por qué es importante el Credo? ¿Qué sentido tiene recitarlo juntos?

Nos enseña el Papa:

“Hoy vivimos en una sociedad que ha cambiado profundamente, incluso con respecto al pasado reciente, y que está en continuo movimiento. Los procesos de secularización y una mentalidad nihilista, por la cual todo es relativo, han marcado con fuerza la mentalidad común (...) Si el individualismo y el relativismo parecen dominar el ánimo de muchos contemporáneos, tampoco se puede decir que los creyentes sean completamente inmunes de estos peligros (...)

“Hoy, a menudo, el cristiano ni siquiera conoce el núcleo central de su fe católica, del Credo y deja así lugar a una especie de sincretismo y relativismo religiosos, sin claridad acerca de las verdades en que creer y sobre la singularidad salvadora del cristianismo (...)



III.- Dimensión misionera:

Testigos de la Luz

Motivación:

En este tiempo de Adviento, tiempo de esperanza gozosa, tiempo en que esperamos la llegada de nuestra salvación, nos preparamos para la visita de Dios. Junto a la Iglesia que celebra, también nosotros debemos vivir este tiempo con fervor, alabando y dando Gracias a Dios nuestro Señor que manifestó su misericordia al enviar a su hijo amado *“Luz para alumbrar a las naciones”* (Lc 2, 29).



Este es el momento para fijar nuestra mirada en Él y saber que *“la Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros; en ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres”* (Jn 1,2-4).

Esta alegría de saber que Dios Padre nos ha bendecido con Jesucristo su Hijo, Salvador del mundo, debe ser expresada. No debemos guardar las palabras que hemos recibido en el encuentro con Cristo, por ello debemos anunciarlo, nos corresponde transmitir lo que hemos recibido en Gracia.

Con el deseo expresado por Jesús: “Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo” (Mt 5, 16), *rezamos juntos:*

Padre Nuestro...

GESTO:

Como signo de que deseamos iluminar con la luz de Jesús, cada uno se acercará a encender su velita del cirio.

Cantamos: “Esta es la luz de Cristo”.

DESPEDIDA:

Estamos invitados a recorrer el camino que nos lleva a la Navidad. Este refleja una de las grandes convicciones de nuestra fe: nuestro encuentro con Dios es aceptar al Señor que viene a salvar, a salvar a todos, a salvar todo. En el recorrido de este camino reconocemos la maravilla que es Dios para el ser humano y la maravilla que es el ser humano amado por Dios.

En estos días, Dios se introduce en nuestra familia porque desea un sitio en nuestra vida. No tenemos nada para regalarle, ya que Él mismo trae el regalo. Si lo recibimos, un mundo nuevo se abrirá en nuestra vida y nos llenará de gozo y de agradecimiento. **(Canto a elección)**



*Navidad es la fiesta de la luz:
“El pueblo, que caminaba en las tinieblas,
ha visto una gran luz”.
Cristo es la Luz del mundo.
Él es quien, con su venida, nos ilumina
y nos llena de esperanza.*

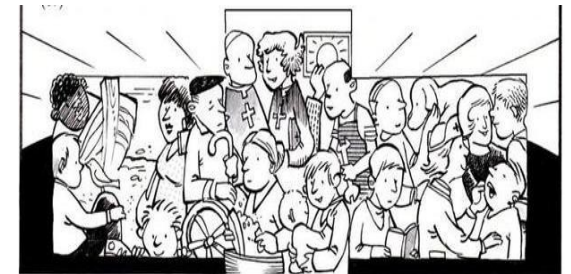


Tenemos que volver a Dios, al Dios de Jesucristo; tenemos que volver a descubrir el mensaje del Evangelio y hacer que entre con más profundidad en nuestra conciencia y en nuestra vida cotidiana”.

La fe “no es algo extraño o separado de la vida diaria; al contrario, es su alma. La fe en un Dios que es amor, y que se acercó al ser humano encarnándose y entregándose en la cruz para salvarnos y abrirnos de nuevo las puertas del cielo, indica, de forma luminosa, que la plenitud del ser humano estriba solo en el amor (...) Donde hay dominio, posesión, explotación (...) el hombre se empobrece, se degrada y desfigura..

*“¿Dónde encontramos las verdades que nos han sido fielmente transmitidas y que constituyen la luz para nuestra vida cotidiana? La respuesta es sencilla: en el **Credo**; en la Profesión de fe o Símbolo de la fe, nos enlazamos al acontecimiento originario de la Persona y de la historia de Jesús de Nazaret; se hace concreto lo que el Apóstol de los gentiles decía a los cristianos de Corinto: «Les transmití en primer lugar lo que también yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras; y que fue sepultado y que resucitó al tercer día» (1 Co 15, 3.4).*

“Hoy necesitamos que el Credo sea mejor conocido, comprendido y orado. Sobre todo es importante que el Credo sea, por así decirlo, «reconocido». Conocer, de hecho, podría ser una operación solamente intelectual, mientras que «reconocer» quiere significar la necesidad de descubrir el vínculo profundo entre las verdades que profesamos en el Credo y nuestra existencia cotidiana a fin de que estas verdades sean verdadera y concretamente —como siempre lo han sido— luz para los pasos de nuestro vivir, agua que rocía las sequedades de nuestro camino, vida que vence ciertos desiertos de la vida contemporánea.”



(CATEQUESIS del Santo Padre Benedicto XVI, 17 de octubre de 2012)

Nos enseña el Catecismo de la Iglesia Católica (CATIC):

La Iglesia “expresó y transmitió su propia fe en fórmulas breves y normativas para todos (cf. Rm 10,9; 1 Co 15,3-5; etc.). Pero muy pronto, quiso también recoger lo esencial de su fe en resúmenes orgánicos y articulados destinados sobre todo a los candidatos al bautismo”. (CATIC 186) *Se llamaron a estas síntesis de la fe “profesiones de fe” porque resumen la fe que profesan los cristianos. Se les llama “Credo” por razón de que en ellas la primera palabra es normalmente: “Creo”. Se les denomina igualmente “Símbolos de la fe”.* (CATIC 187).

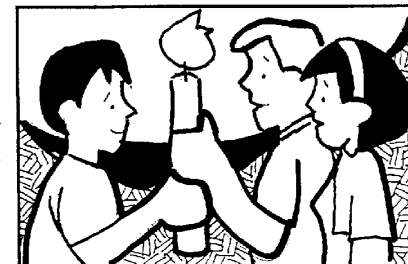
La primera “Profesión de fe” se hace en el **Bautismo**. El “Símbolo de la fe” es ante todo el símbolo bautismal. Puesto que el Bautismo es dado “en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19), las verdades de fe profesadas en el Bautismo son articuladas según su referencia a las tres personas de la Santísima Trinidad. (CATIC 189) Así es que el Credo se divide en tres partes: “primero habla de la primera Persona divina y de la obra admirable de la creación; a continuación, de la segunda Persona divina y del Misterio de la Redención de los hombres; finalmente, de la tercera Persona divina, fuente y principio de nuestra santificación” (Catecismo Romano, 1,1,3). (CATIC 190) Y cada una de estas tres partes se subdivide en una serie de fórmulas variadas y exactas. (CATIC 191).



Como en el día de nuestro Bautismo, cuando toda nuestra vida fue confiada “a la regla de doctrina” (Rm 6,17), acogemos el símbolo de esta fe nuestra que da la vida. **Recitar con fe el Credo es entrar en comunión con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; es entrar también en comunión con toda la Iglesia que nos transmite la fe y en el seno de la cual creemos.** (CATIC 197).

REFLEXIÓN DEL EVANGELIO:

Jesús, en el portal de Belén, se nos presenta como la luz que ilumina nuestras tinieblas, la esperanza que da sentido a la sinrazón de muchas decisiones equivocadas. Es una luz que no se agota, que la recibimos y la transmitimos a los demás, como cuando encendemos nuestra vela y la ofrecemos a los demás. Solamente la persona que recibe la Luz de Jesús puede iluminar a los demás. Recordemos lo que nos dice el Santo Padre: “Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero...y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él” (1 Juan 4, 9)” (Encíclica *Dios es Amor*, 17). La fe ilumina todo con una nueva luz, y manifiesta el plan divino sobre toda la vocación del hombre. Por ello nos orienta hacia soluciones plenamente humanas (cf. *Gaudium et Spes*, 11).



CREDO: Realizamos, con alegría, la **profesión de nuestra fe...**

PRECES:

Eleveamos al Señor nuestra súplica. A cada intención, respondemos:
“Ilumínanos, Señor”.

- * Para que podamos ver y obrar con la claridad de la verdad y del amor. *Oremos...*
- * Para que aprendamos a confiar más en ti. *Oremos...*
- * Para que, compartiendo los dones recibidos, tu mensaje de esperanza llegue a todos. *Oremos...*
- * Para que nuestras palabras, nuestro modo de vivir, nuestra escala de valores, nuestro modo de estar en el mundo, sean al estilo de Jesús. *Oremos...*
- * (En este momento, cada uno puede presentar su petición).



B) Celebración de la Palabra de Dios sobre la luz:

Sugerimos preparar un altar con las imágenes de la Cruz, María de Itatí, una luz y la Palabra de Dios. Esta Celebración puede ser adaptada a las diversas circunstancias y realidades de grupos de catequesis, comunidades, asociaciones o movimientos.

INTRODUCCIÓN:

Descubrimos la necesidad de la luz cuando no la tenemos: de noche encendemos una lámpara para ver o usamos la linterna para guiarnos; cuando pasamos por un túnel, los focos del coche nos orientan. Un ciego que no percibe la luz, necesita de alguien que le lleve de la mano.

Pero no solamente se ve con los ojos. La vida de pecado, es decir, la vida alejada de los demás y de Jesús es una vida en tinieblas, sin horizonte, sin claridad. A veces decimos “esto no lo veo claro”, “no veo lo que querés decir...”. En todos esos momentos somos ciegos, necesitamos que alguien nos ponga en el corazón una luz para iluminar nuestro futuro, nuestro camino.

Cantamos: “Dios Familia”.

ACTO PENITENCIAL:

- * Por las veces en que hemos vivido la falta de claridad y de luz. **Señor, ten piedad...**
- * Por las veces en que no hemos iluminado la existencia de los que nos rodean, especialmente en nuestra familia. **Cristo, ten piedad...**
- * Por nuestra fe dormida. **Señor, ten piedad...**

EVANGELIO: (Jn. 8, 12)

“Yo soy la Luz del mundo, el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la Luz de la vida”.

Se llama Bautismo “en razón del carácter del rito central mediante el que se celebra: **bautizar** (baptizein en griego significa “sumergir”, “introducir dentro del agua”). La “inmersión” en el agua simboliza el acto de sepultar al catecúmeno en la muerte de Cristo, de donde sale por la resurrección con Él (cf Rm 6,3-4; Col 2,12) como “nueva criatura”. (2Co 5,17; Ga 6,15). (CATIC 1214). “Este baño es llamado **iluminación** porque quienes reciben esta enseñanza (catequética) su espíritu es iluminado...” (S. Justino, Apol.1,61,12). Habiendo recibido en el Bautismo al Verbo, “la luz verdadera que ilumina a todo hombre” (Jn 1,9), el bautizado, “tras haber sido iluminado” (Hb 10,32), se convierte en “hijo de la luz” (1Ts 5,5), y en “luz” él mismo (Ef 5,8) (CATIC 1216).

El Bautismo no solamente purifica de todos los pecados, hace también del neófito “una nueva creación” (2 Co 5,17), un hijo adoptivo de Dios (cf. Ga 4,5-7) que ha sido hecho “partícipe de la naturaleza divina” (2 P 1,4), miembro de Cristo (cf. 1 Co 6,15; 12,27), coheredero con él (Rm 8,17) y templo del Espíritu Santo (cf. 1 Co 6,19). (CATIC 1265).

La Santísima Trinidad da al bautizado la gracia santificante, la gracia de la justificación que: le hace capaz de creer en Dios, de esperar en Él y de amarlo mediante las virtudes teologales; le concede poder vivir y obrar bajo la moción del Espíritu Santo mediante sus dones; le permite crecer en el bien mediante las virtudes morales. **Así todo el organismo de la vida sobrenatural del cristiano tiene su raíz en el santo Bautismo.** (CATIC 1266).

Para trabajar en grupos:

- 1.- ¿Qué significa “reconocer” el Credo?
- 2.- A partir de los textos del Catecismo, explicita y dialoga sobre el significado del signo de la luz y su relación con la fe.
- 3.- ¿En qué sentido Dios nos regala una Vida nueva en el Bautismo?
- 4.- ¿Por qué decimos que “profesamos lo que recibimos”?



B) La Iglesia en el Concilio Vaticano II

Al celebrar junto con todos los católicos el *Año de la fe*, en el 50º aniversario de la apertura del *Concilio Vaticano II*, queremos profundizar sobre su significado, importancia y contenidos, con la certeza de que el *Concilio* sigue siendo hoy una luz que debe animar las actitudes y los pasos de la Iglesia en la realidad del siglo XXI.

Un concilio ecuménico es la reunión de los obispos católicos de todo el mundo para tratar temas que atañen a toda la Iglesia. (Así se diferencia de los concilios regionales o concilios de una Iglesia particular, que tratan temas propios de una región o diócesis).

El *Concilio Ecuménico Vaticano II* comenzó el 11 de octubre de 1962 y finalizó el 8 de diciembre de 1965. Se llevó a cabo en cuatro etapas o sesiones (cada una de ellas se prolongó varios meses, debatiendo los temas para llegar a la aprobación de los textos).

Reunió a casi 2.400 obispos de todas las naciones del mundo (entre cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos diocesanos, obispos titulares, prefectos apostólicos, vicarios apostólicos y otras dignidades católicas).

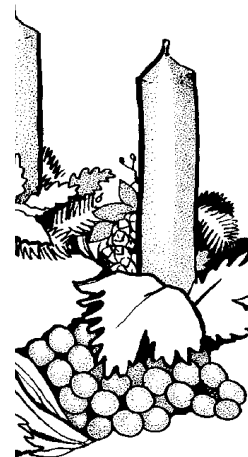
Los padres conciliares fueron asistidos por peritos especializados y eminentes teólogos. También participaron como observadores delegados de las Iglesias y comunidades de otras confesiones cristianas.

Fue convocado por el Beato Papa Juan XXIII y clausurado por el siervo de Dios Papa Pablo VI. (Ponemos a disposición un material para proyectar en formato *Power Point* que se ofrece como introducción al *Concilio Vaticano II*: Buscar en www.arzcorrientes.org.ar)



Se anuncia la buena noticia: el Señor va a llegar.
 Preparen sus caminos, porque ya se acerca.
 Aclamen sus almas
 como una novia se engalana el día de su boda.
 Ya llega el mensajero.
 Juan Bautista no es la Luz, sino el que nos anuncia la Luz.
 Cuando encendemos estas tres velas
 cada uno de nosotros quiere ser
 antorcha tuya para que brilles,
 llama para que calientes.
 ¡Ven, Señor, a salvarnos,
 envuélvenos en tu luz,
 caliéntanos en tu amor!

Cuarto domingo



Al encender estas cuatro velas,
 en el último domingo,
 pensamos en ella: la Virgen,
 tu madre y nuestra madre.
 nadie te esperó con más ansia,
 con más ternura, con más amor.
 Nadie te recibió con más alegría.
 Te sembraste en ella
 como el grano de trigo se siembra en el surco.
 En sus brazos encontraste la cuna más hermosa.
 También nosotros queremos prepararnos así:
 en la fe, en el amor y en el trabajo de cada día.
 ¡Ven pronto, Señor! ¡Ven a salvarnos!

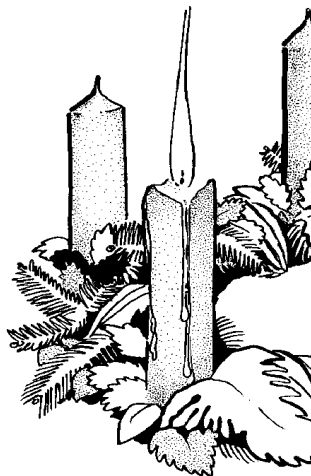
Navidad

Señor y Dios nuestro,
 en esta noche y día maravillosos de Navidad,
 encendemos la última vela y te damos gracias
 porque el pueblo, que caminaba en tinieblas
 vio una luz inmensa que llenó
 de alegría y gozo cada rincón de la tierra.
 ¡Gracias, Jesús Niño, por venir a iluminar nuestra vida!

ORACIONES PARA ENCENDER LAS VELAS DE LA CORONA DE ADVIENTO:

Primer domingo

Encendemos, Señor, esta luz,
como aquél que enciende su lámpara
para salir, en la noche,
al encuentro del amigo que ya viene.
En esta primera semana del Adviento
queremos levantarnos para esperarte preparados,
para recibirte con alegría.
Muchas sombras nos envuelven.
Muchos halagos nos adormecen.
Queremos estar despiertos y vigilantes,
porque tú nos traes la luz más clara,
la paz más profunda y la alegría verdadera.
¡Ven, Señor Jesús. Ven, Señor Jesús!



Segundo domingo

Los profetas mantenían encendida
la esperanza de Israel.
Nosotros, como un símbolo,
encendemos estas dos velas.
El viejo tronco está rebrotando,
florece el desierto.
La humanidad entera se estremece
porque Dios se ha sembrado en nuestra carne.
Que cada uno de nosotros, Señor,
te abra su vida para que brotes,
para que florezcas, para que nazcas
y mantengas en nuestro corazón
encendida la esperanza.
¡Ven pronto, Señor! ¡Ven, Salvador!

Tercer domingo

En las tinieblas se encendió una luz,
en el desierto clamó una voz.

El documento fundamental del *Concilio Vaticano II* es la Constitución dogmática, **Lumen Gentium** (Luz de las naciones) que trata sobre la Iglesia. Su esquema es de ocho capítulos, con estos temas:

1. *El misterio de la Iglesia.*
2. *El Pueblo de Dios.*
3. *Constitución jerárquica de la Iglesia.*
4. *Los laicos.*
5. *Vocación universal a la santidad.*
6. *Los religiosos.*
7. *Índole escatológica de la Iglesia.*
8. *La santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia.*



Nos enseña la Constitución Lumen Gentium:

Iglesia sacramento:

Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los hombres, anunciando el Evangelio a toda criatura (cf. Mc16,15) con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia. Y porque la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, ella se propone presentar a sus fieles y a todo el mundo con mayor precisión su naturaleza y su misión universal, abundando en la doctrina de los concilios precedentes. Las condiciones de nuestra época hacen más urgente este deber de la Iglesia, a saber, el que todos los hombres, que hoy están más íntimamente unidos por múltiples vínculos sociales técnicos y culturales, consigan también la unidad completa. (LG, 1).

Misterio de la Iglesia humana y divina:

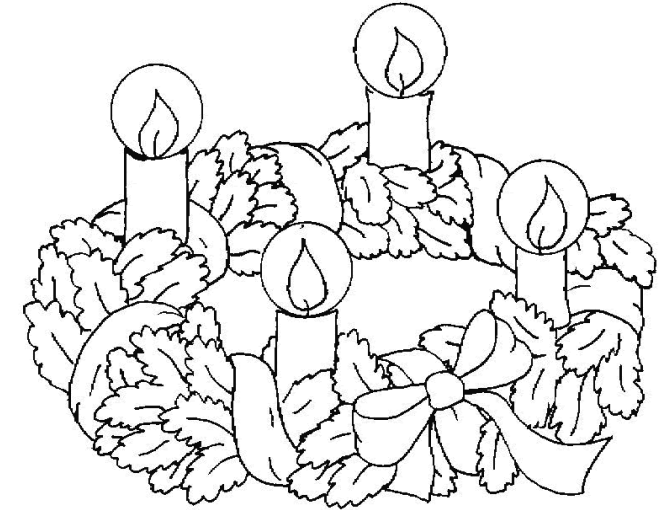
Cristo, el único Mediador, instituyó y mantiene continuamente en la tierra a su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y caridad, como un todo visible, comunicando mediante ella la verdad y la gracia a todos. Mas la sociedad, provista de sus órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, la asamblea visible y la comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia enriquecida con los bienes celestiales, no deben ser consideradas como dos cosas distintas, sino que más bien forman una realidad compleja que está integrada de un elemento humano y otro divino. Por eso se la compara, por una notable analogía, al misterio del Verbo encarnado, pues así como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como de instrumento vivo de salvación unido indisolublemente a Él, de modo semejante la articulación social de la Iglesia sirve al Espíritu Santo, que la vivifica, para el acrecentamiento de su Cuerpo (cf. Ef 4,16). (LG, 8).



Iglesia de Cristo, Iglesia católica:

Esta es la única Iglesia de Cristo, que en el Símbolo confesamos como una, santa, católica y apostólica, y que nuestro Salvador, después de su resurrección, encomendó a Pedro para que la apacentara (cf. Jn 21,17), confiándole a él y a los demás Apóstoles su difusión y gobierno (cf. Mt 28,18 ss), y la erigió perpetuamente como columna y fundamento de la verdad (cf. 1 Tm 3,15). Esta Iglesia, establecida y organizada en este mundo como una sociedad, subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los Obispos en comunión con él, si bien fuera de su estructura se encuentran muchos elementos de santidad y verdad que, como bienes propios de la Iglesia de Cristo, impelen hacia la unidad católica. (LG, 8)

El círculo es una figura geométrica perfecta que no tiene ni principio ni fin. La corona de adviento tiene forma de círculo para recordarnos que Dios no tiene principio ni fin, reflejando su unidad y eternidad.



Las ramas verdes de pino u otro árbol, significan que Cristo está vivo entre nosotros; además su color verde nos recuerda la vida de gracia, el crecimiento espiritual y la esperanza que debemos cultivar durante el Adviento.

El lazo rojo representa nuestro amor a Dios y el amor de Dios que nos envuelve.

El día de Navidad, en el centro, se coloca una vela blanca o cirio, simbolizando a Cristo, centro de todo cuanto existe.

La luz de las velas simboliza la luz de Cristo que desde pequeños buscamos y que nos permite ver, tanto el mundo como nuestro interior. El hecho de ir prendiendo las velas poco a poco nos recuerda cómo, conforme se acerca la luz, las tinieblas se van disipando; de la misma forma, conforme se acerca la llegada de Jesucristo, que es luz para nuestra vida, se debe ir esfumando el reinado del pecado sobre la tierra. La luz de la vela blanca o del cirio que se enciende durante la Nochebuena nos recuerda que Cristo es la Luz del mundo. El brillo de la luz de esa vela blanca en Navidad, nos recuerda cómo, en la plenitud de los tiempos, se cumple el “ADVIENTO DEL SEÑOR”.



- * En los templos parroquiales, en las capillas y en las familias, comunidades y grupos, favorezcamos la realización de la **corona de Adviento** con sus oraciones correspondientes para cada semana (ver páginas siguientes).
- * Ofrecemos una **celebración de la Palabra sobre el signo de la luz**, ideal para concluir el año de catequesis, o celebrar en grupos y comunidades.
- * Al concluir la **Misa Solemne de Navidad**, organicemos una procesión hasta el pesebre con las velas encendidas (lucernario) para renovar nuestra fe en el Señor que se encarnó por amor.
- * En la **fiesta del Bautismo del Señor**, realicemos la renovación de las promesas bautismales con las velas encendidas.



A) La corona de Adviento:

El Adviento y la Navidad los celebramos a partir de oraciones, cantos y, sobre todo, lecturas bíblicas que nos introducen en su misterio. Pero también nos puede ayudar, **tanto en la comunidad, en la familia, en la escuela, o en nuestros grupos pastorales** un símbolo muy sencillo: la corona de Adviento.

Se trata de un soporte redondo, revestido de ramas vegetales, sobre la cual se colocan cuatro velas nuevas. Durante el tiempo de Adviento, se coloca en la Iglesia sobre una mesa, no en el altar, sino cerca del ambón, donde está la Palabra de Dios.

Se enciende una de las cuatro velas cada domingo, para indicar el camino que se recorre hasta la Navidad. Cada una se enciende con su oración propia (ver páginas 16 y 17). Los cristianos, para prepararnos a la venida de nuestra LUZ, utilizamos esta “corona de Adviento” como signo de que esperamos a Cristo para rogarle que infunda su luz en nuestras almas.



Incorporados por el Bautismo:

Los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana y, regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia. Por el sacramento de la confirmación se vinculan más estrechamente a la Iglesia, se enriquecen con una fuerza especial del Espíritu Santo, y con ello quedan obligados más estrictamente a difundir y defender la fe, como verdaderos testigos de Cristo, por la palabra juntamente con las obras. (LG, 11).



Todos los seres humanos llamados a la Iglesia:

Todos los hombres son llamados a esta unidad católica del Pueblo de Dios, que simboliza y promueve paz universal, y a ella pertenecen o se ordenan de diversos modos, sea los fieles católicos, sea los demás creyentes en Cristo, sea también todos los hombres en general, por la gracia de Dios llamados a la salvación. (LG, 13).

El protagonismo de los laicos:

*Con el nombre de **laicos** se designan aquí todos los fieles cristianos, a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso aprobado por la Iglesia. Es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde. **A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios.** Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí **están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento.** Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás, primordialmente mediante el testimonio de su vida, por la irradiación de la fe, la esperanza y la caridad.*

Por tanto, de manera singular, a ellos corresponde iluminar y ordenar las realidades temporales a las que están estrechamente vinculados, de tal modo que, sin cesar, se realicen y progresen conforme a Cristo y sean para la gloria del Creador y del Redentor. (LG, 31).

Llamados a la santidad:

Es completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad; y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos. (LG, 40).

Una misma es la santidad que cultivan, en los múltiples géneros de vida y ocupaciones, todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, y obedientes a la voz del Padre, adorándole en espíritu y verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, a fin de merecer ser hechos partícipes de su gloria. Pero cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios. (LG, 41).

Para trabajar en grupos:

- 1.- Leer con atención los textos precedentes: de cada párrafo, definir una “palabra clave” que, de algún modo, encierre lo principal de su contenido.
- 2.- ¿Cómo es la vivencia concreta en nuestra comunidad y cómo es la experiencia personal de estas enseñanzas del *Concilio*?
- 3.- ¿En qué aspectos deberíamos avanzar aún más para vivir estas indicaciones del *Concilio Vaticano II*?
- 4.- ¿En qué sentido el *Concilio* nos invita a ser luz?

II.- Dimensión celebrativa: Iluminados por Cristo

Motivación:

En el evangelio de la misa del día de Navidad, nos encontramos con la presentación que se hace de la Palabra hecha carne: “*Al principio existía la Palabra... la Palabra era la luz verdadera que, al venir a este mundo, ilumina a todo hombre...*” (Jn 1,1-5)

El descubrimiento de Dios en nuestra vida normalmente se ha dado por otras personas que han sido para nosotros “*testigos de la luz*”. Ser testigos de la luz es siempre un buen resumen de nuestra vida cristiana. En este año, en que el Papa Benedicto XVI nos invita a revisar y avivar nuestra fe, es importante que nos sirvamos de este signo de la luz, para profundizar en nuestra identidad y misión como cristianos.

El testimonio que estamos llamados a dar de Jesús consiste en que se vea en nosotros la luz de Jesús.

Sugerencias:

- * Durante este tiempo, es conveniente motivar el rezo del *Credo Niceno Constantinopolitano* en la Misa dominical, catequizando sobre el gesto de la inclinación de la cabeza cuando se pronuncian las palabras sobre la encarnación.

